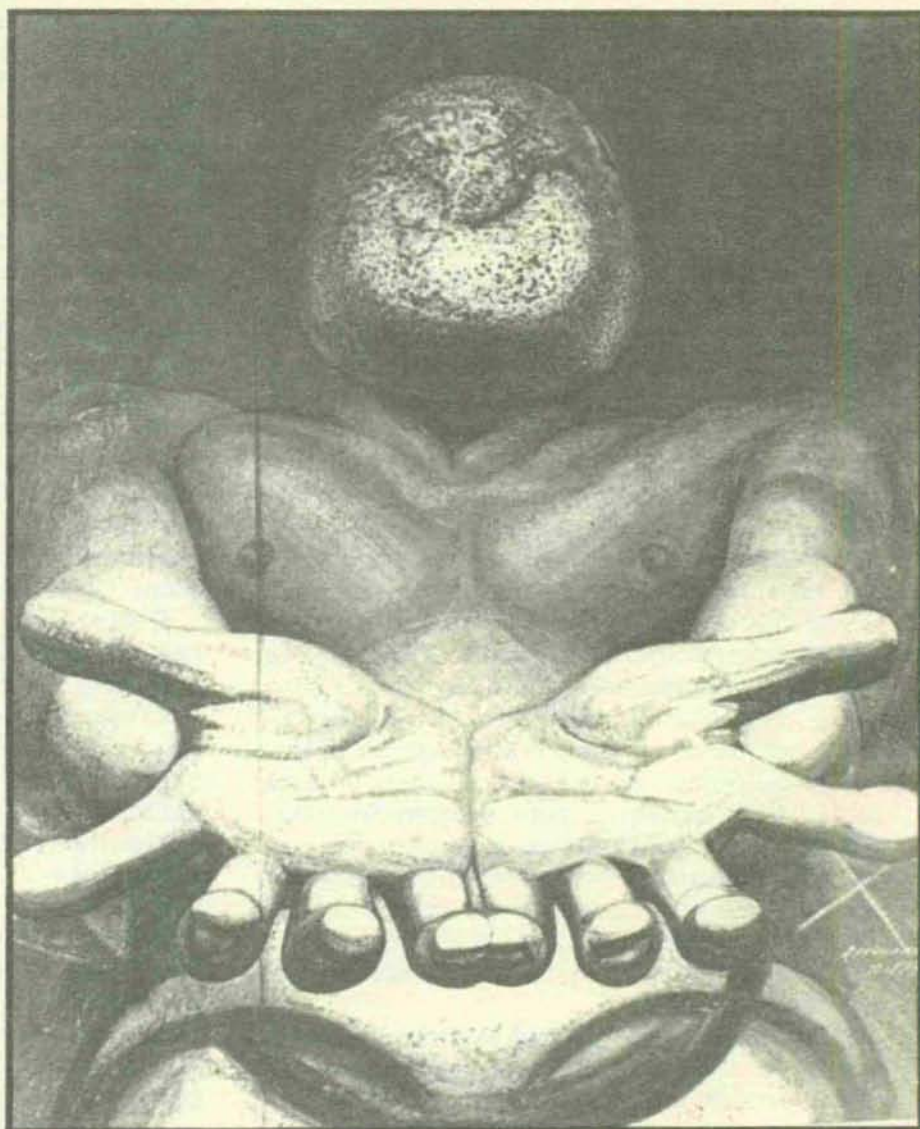


La utopía, entre la



**Fernando
Savater**

«Nuestra imagen» (pintura original de David Alfaro Siqueiros. Ciudad de México, Instituto Nacional de Bellas Artes).

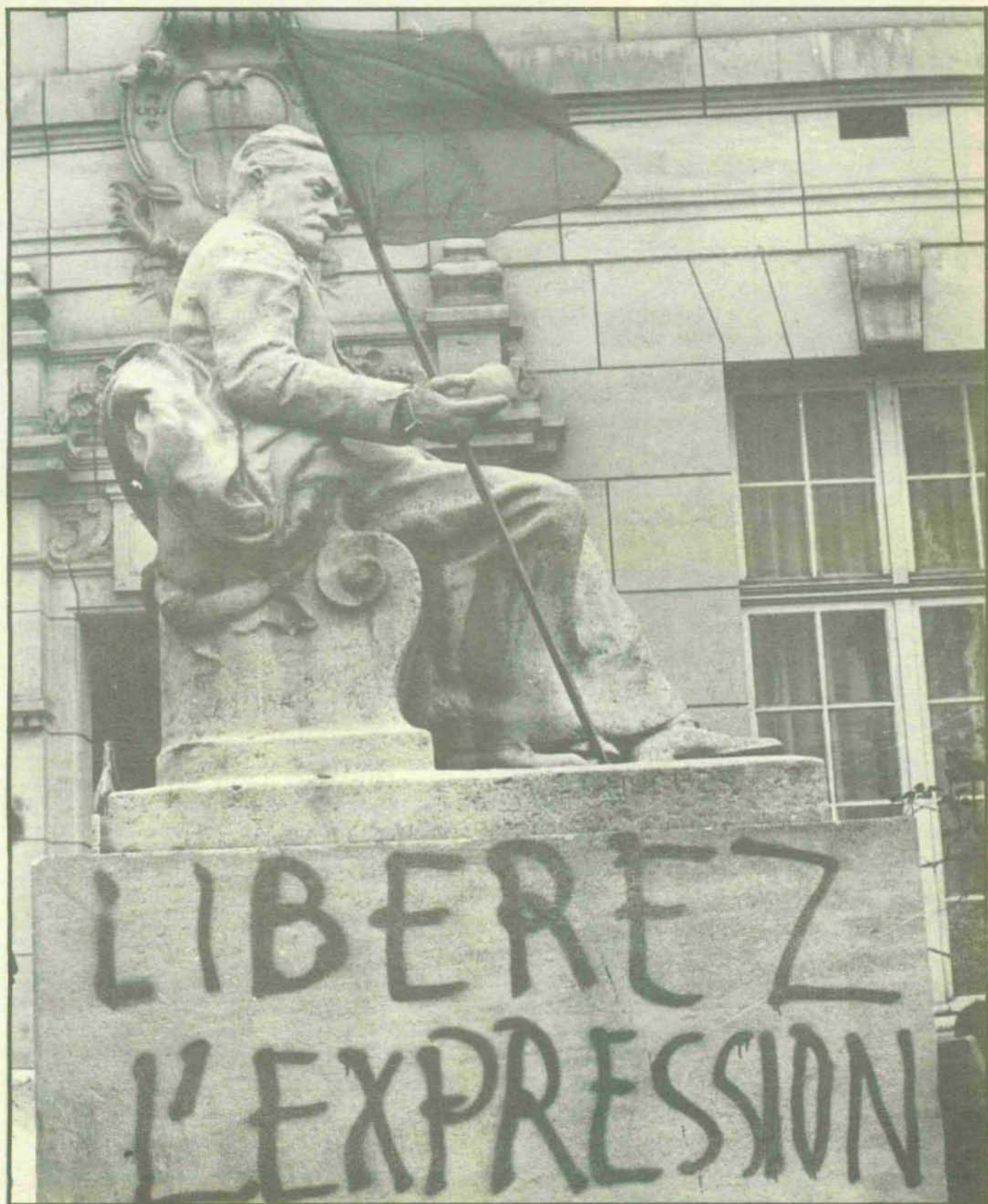


*«El tiempo dirá tan sólo: "Ya te lo dije".
Sólo el tiempo conoce el precio que hemos de pagar;
si yo pudiera decírtelo, te lo haría saber».*
(W. H. Auden)

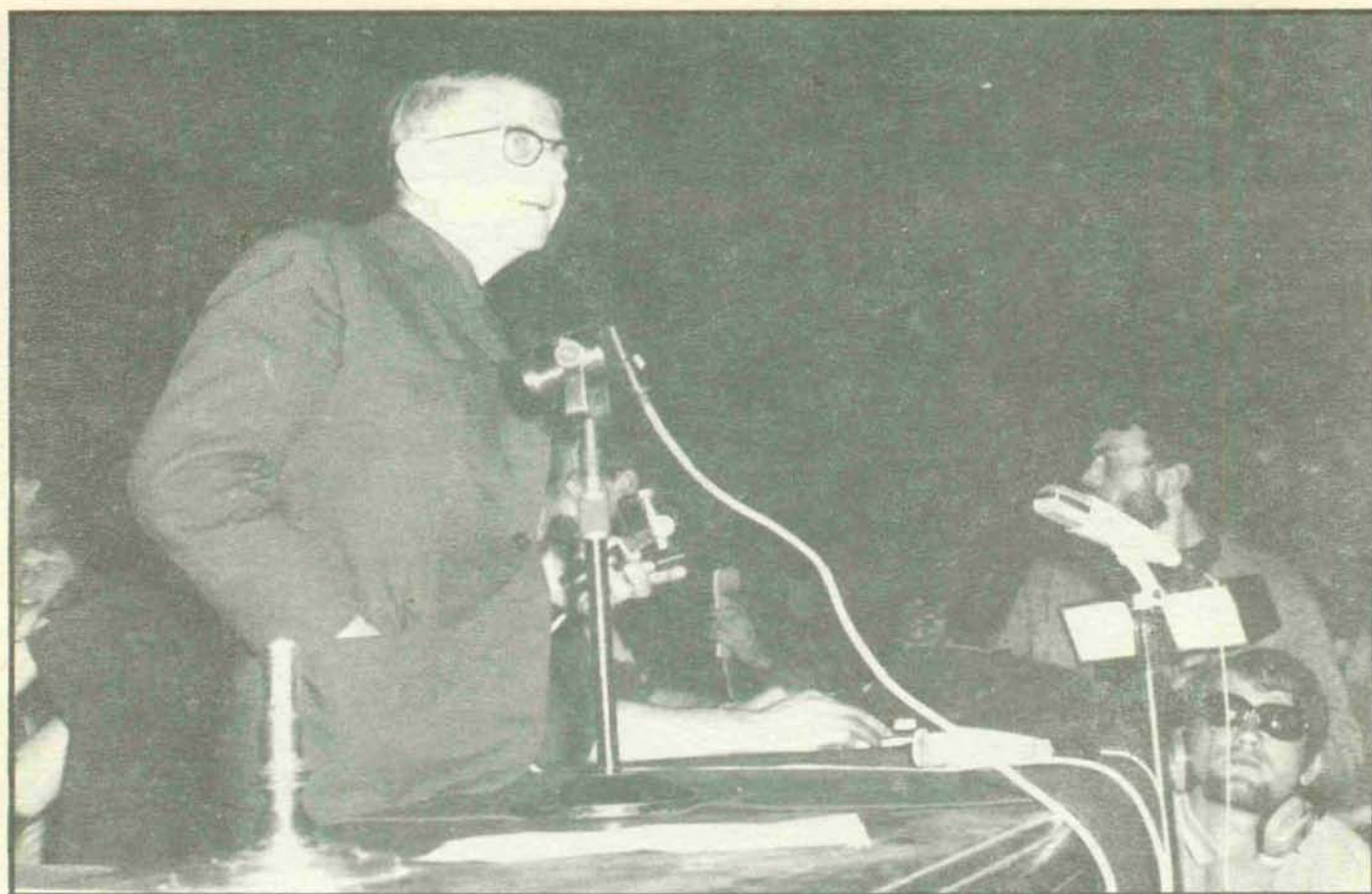
EN torno, más o menos, a mayo del 68 se llegó a lo que, reiterando el título de un libro de Marcuse, podríamos llamar «el final de la utopía». El final, es decir: el no va más, los juegos han sido hechos, la bolita gira. El final, porque la utopía ya no sirve: se trata de un fenómeno relativamente nuevo, la extenuación de la esperanza, al menos en política. En un primer momento este agotamiento fue considerado de forma sumamente positiva.

Muchas veces la esperanza, según canta la milonga, «son ganas de descansar»: pero había llegado el momento de dejar por fin el esperanzado descanso y pasar decididamente a la acción; las condiciones objetivas para la realización de lo tantas veces postergado esperaban ya el papirotazo revolucionario que cumpliera lo prometido; la insumisión ante el exceso represivo, la violencia imperialista y el trabajo como tortura y saqueo se había generalizado a

ilusión y el cinismo



Estadua de Pasteur durante el Mayo francés de 1968.



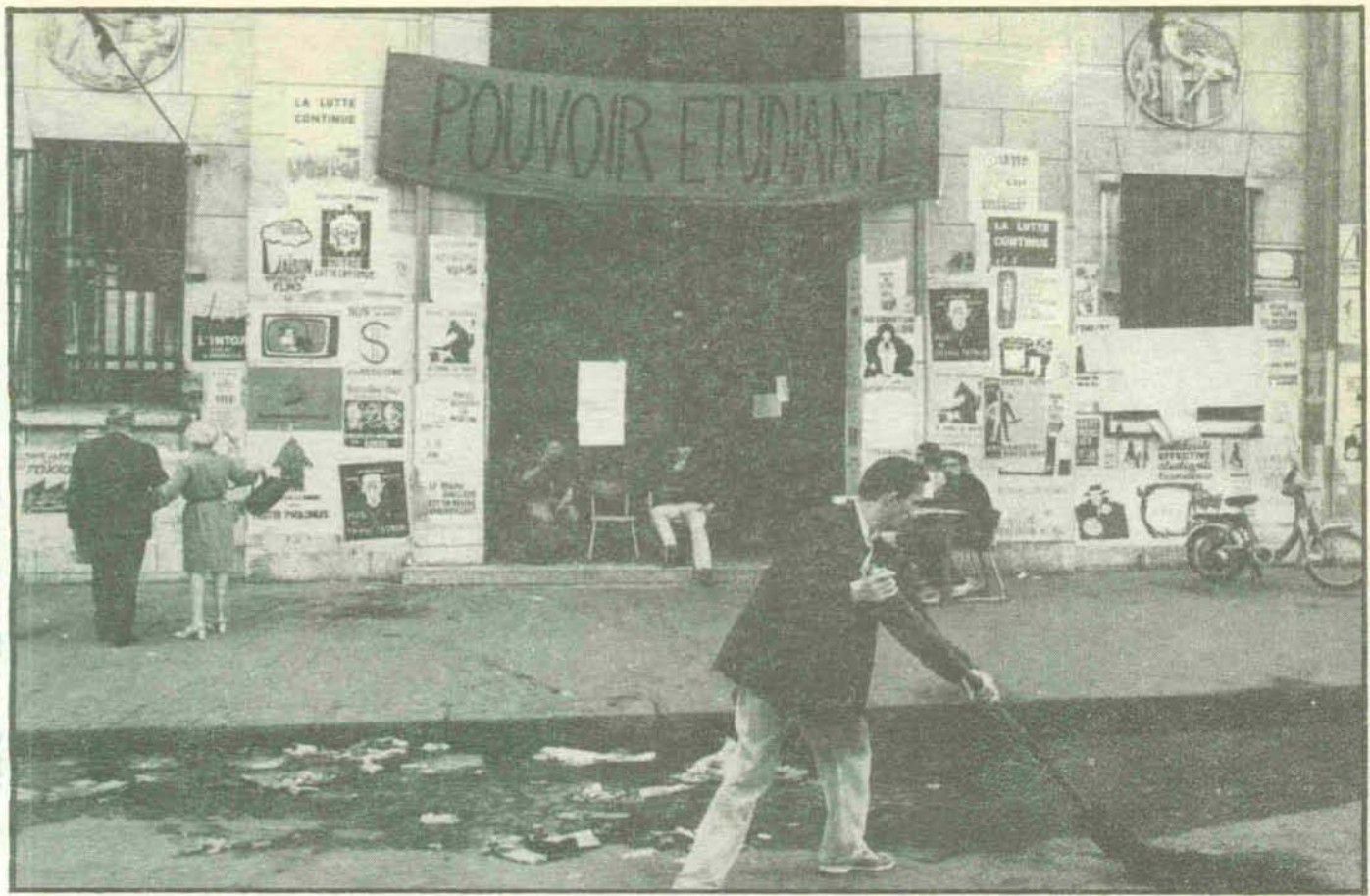
Jean-Paul Sartre durante un mitin ante el estudiantado en las jornadas del Mayo francés.



Pintura de Arcimboldo.

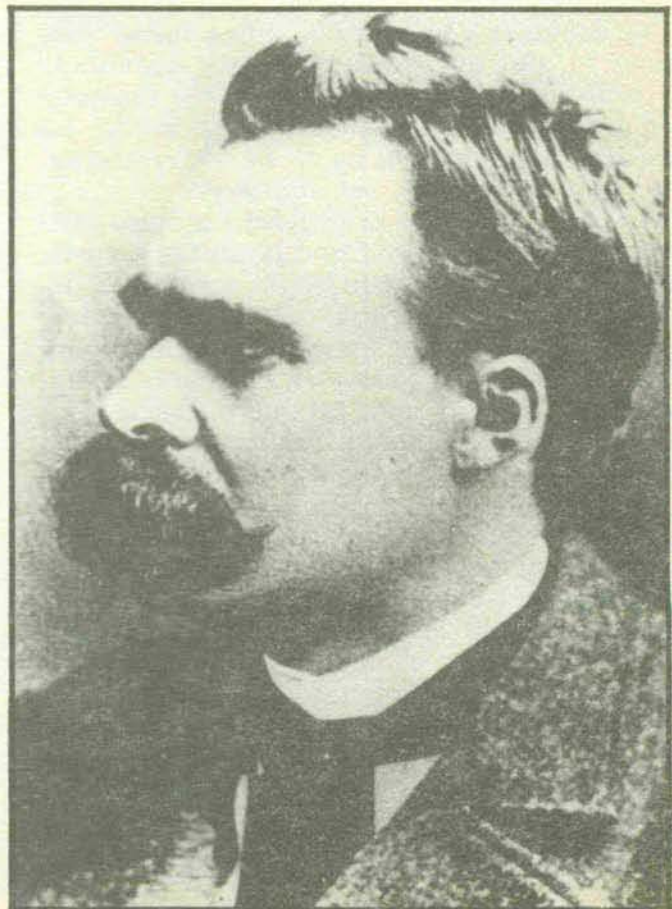
tantas conciencias que corría más peligro de banalización que de olvido; la utopía tenía ya lugar y fecha: *paradise now*. Después el sueño se fue marchitando hasta que llegó la hora de despertar; los últimos maoístas retornaron de la instrumentalizada revolución cultural, donde no ya cien flores, sino ni una sola rosa hubo que no fuera del más adocenado plástico. ¿O quizá alguien encontró —y perdió— esa mágica rosa? El caso es que los antiguos militantes comenzaron a prestar oído a los lamentos de desengañados prometeos encadenados en su Gulag: la contrición de esas almas cruelmente ilustradas sobre el cumplimiento de la utopía es la nuestra, se decían, pero ellos padecen también el castigo a que nosotros, por poco, hemos escapado. El alivio de haber esquivado el castigo que merecieron se les convirtió, pues, en brío antiutópico. Mayo del 68 fue una de las caras del final de la utopía; agosto del 68, la invasión de Checoslovaquia, fue la otra.

La utopía había acabado, cierto; pero no porque hubiese sonado la hora de su cumplimiento, sino porque se hacía imperioso el abandono de tal modelo. No fue sólo el final de la utopía, sino también el final de la talgia utópica, tan presente en casi toda la escuela de Frankfurt. Incluso el radiante y efímero sueño del mayo sesenta y ocho llevaba —visto desde el arrepentimiento y con música de disidentes



La Facultad de Medicina de París durante el Mayo francés.

al fondo— gérmenes de la corrupción utopista. Los arrebatos de mayo guardaban secretas complicidades con los tanques de agosto... Los clamores del Gulag salpicaban, por supuesto, a Lenin y a Marx, pero también a Nietzsche, a Hegel, a Fichte e incluso a Platón. De la nostalgia por la utopía muerta al *horror* por la utopía, al aplastamiento de cualquier rebrote utópico. En ello estamos ahora. No me refiero a todos los ex fanáticos que han emigrado en masa a la derecha y han descubierto juntamente los placeres ayer prohibidos del oscurantismo místico y la guerra fría, la tranquilizadora firmeza de Reagan, la perspicacia económica de Milton Friedman y el señorial *savoir faire* de los partidos dignamente conservadores. No, el problema, como siempre, es para los hombres de pensar (pues pensar *no* es justificar o excusar lo dado, sino inventar lo posible). La izquierda que asiste al triunfo de la socialdemocracia enérgica en Francia —y que piensa que es mucho mejor que nada— o que espera la victoria del sociodemocratismo mitigado y coaccionado en España —quizá mejor al menos que Tejero y Calvo Sotelo—; la izquierda que asiste compungida al relanzamiento de la guerra fría, al aplastamiento del sindicalismo libre en Polonia, al genocidio permanente del campesinado centroamericano, a la desesperada (¿instrumentalizada?) lucha terrorista... La



Friedrich Nietzsche (1844-1900).



La plaza Wenceslas de Praga, durante los sucesos de la famosa «Primavera de Praga» de 1968.

izquierda que sabe ya muy bien por qué no debe ser leninista y que intuye, más o menos limpiamente, por qué no debe insistir demasiado en decir que es marxista o que piensa realmente que será mejor definirse de otro modo. La izquierda que pretende seguir siendo *izquierda*, pero quiere dejar de ser *siniestra*...

Horror, pues, ante el proyecto utópico mismo, ante la *unanimidad* que la utopía reclama como la forma de organización social más deseable. Porque la fórmula de la utopía suele ser: todo llegará a ser uno; en cada uno podrá verse la verdad del todo y en el todo la unánime verdad de cada uno. Lo que distancia a los hombres, lo que dificulta el acceso directo de unos a otros, la reserva o secreto que oscurece la intimidad de los unos frente a los otros, lo irreductiblemente diverso de sus gustos y de sus formas de hacer..., son obstáculos disgregadores que el aunamiento utópico se propone remediar. Abolir las barreras entre los socios, que nada resista en cada uno a dejarse *penetrar* totalmente por la comunidad... Fusión más mística que social en la indistinción materna; renuncia a la característica irrepetible que me opone a los demás y me veda el compartirme plenamente, el entregarme por completo a ellos... *La utopía es la sociedad en que ya a*



Herbert Marcuse (1898-1979).



Praga: agosto de 1968.

nadie le será lícito resguardarse porque no habrá nada que temer: todo misterio íntimo será sospechoso de egoísmo o traición, toda discrepancia organizada deberá ser aplastada como un rebrote aristocratizante, toda peculiaridad que no pueda ser generalizada sonará a privilegio... Se producirá y se consumirá al unísono; se amará y se educará del mismo modo; el mal se extinguirá por falta de pábulo, pues lo que alimenta al mal en la sociedad son los *intereses* y en la utopía no habrá lugar para ellos: armonía completamente desinteresada y, por tanto, sin reales diferencias, perfección, pues, indiferente... Por supuesto, los utopistas suelen ser partidarios fervientes y declamatorios de la libertad, pero están convencidos en el fondo de que todos los hombres —en cuanto la corruptora división social no los malee— van a querer ser libres *del mismo modo...*, a no ser que el individualismo mal entendido haya gangrenado irrecuperablemente al miembro y éste deba ser amputado. En el orden utópico la libertad es ininteligible, pues no queda elección entre el mal y el bien, ya que la primera de ambas opciones ha sido definitivamente desterrada. El terrible Hegel —tan antiutópico— justificaba la pena de muerte como la vía por la que el criminal recupera su ciudadanía y la libertad racional objetiva que pierde al cometer su delito: así puede el asesino seguir siendo miembro de la sociedad, tras el debido rescate por la

muerte. Pero en la utopía el violador de la ley o el disidente no tienen sitio, pues la ley es puramente inmanente y la norma un diapasón interior: ni siquiera pueden ser concebiblemente transgredidas sin que la utopía toda se venga abajo, porque el individuo quedaría como *exterior* a lo que le organiza; por tanto, la ejecución o la exclusión del transgresor no le recuperan para una comunidad en la que la transgresión no tiene cabida, sino que le borran, le aniquilan, le esconden para siempre en el olvido.

Esa anulación de las tensiones sociales, ese entender el orden comunitario como un regazo en el que reclinar para siempre la fatigada cabeza individual, la anulación por decreto de la envidia y la rapiña, el aliviamiento general de la obligación personal e intransferible de decidir..., son ideales que responden a un trasfondo mítico irrenunciablemente humano. También son irrenunciablemente humanos mitos opuestos, que han de corregir a aquél: la excelencia como realización heroica de lo que en mí es único, la afirmación soberana de lo que me constituye, el afán de iniciativas, de exploración y de conquistas, la pasión de mando y de prestigio... Pero estos últimos mitos no pertenecen, en cuanto tales, al inconsciente colectivo de la organización social como resultado, sino más bien al de los socios en cuanto organizadores; el primer complejo mítico, en cambio,



Antonio Tejero Molina.

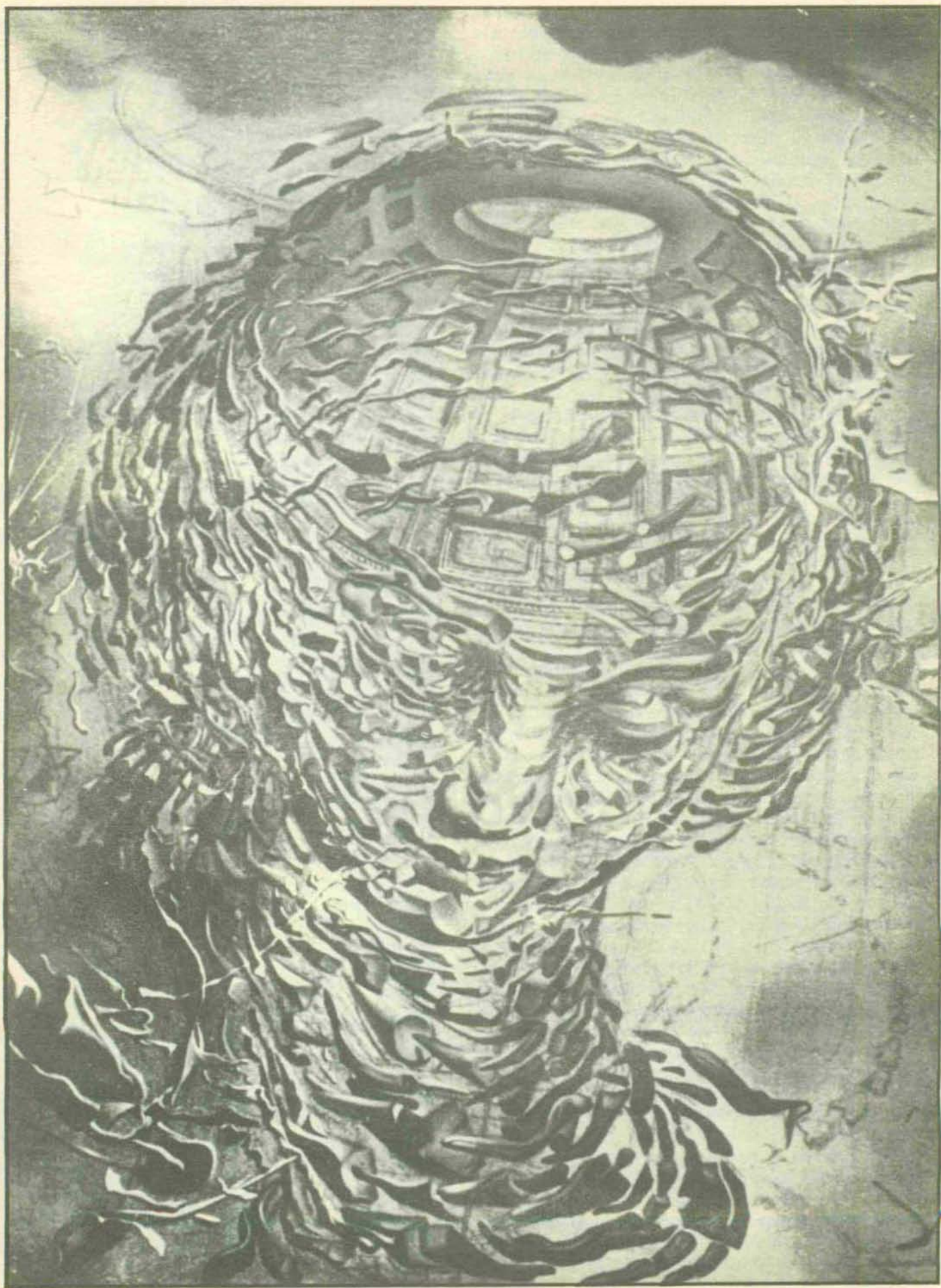
es el ideal de la organización en sí misma, de lo hecho para funcionar siempre bien y sin necesidad de ulteriores esfuerzos, paraíso acogedor de un reposo omniprovidente. Puesto que tan arraigado tenemos este ideal mítico, muy lentamente se ha ido admitiendo el mecanismo corruptor que pervertía sus pretendidas realizaciones históricas. En primer lugar se supuso que era la determinada forma de cumplimiento histórico, en sus particularidades imperfectas, la culpable del fracaso, pero sin que éste llegara a atentar contra el prestigio de la forma utópica en sí misma. Ha sido importante novedad de los últimos años aceptar el inevitable desarrollo de la gangrena tiránica en la utopía (mejor: en el régimen establecido tras una transformación política legitimada por el recurso a la utopía) como parte del programa utópico mismo y no como su desafortunado accidente fortuito. En una reciente entrevista el escritor checoslovaco Milan Kundera resume con notable lucidez tanto el mito de transparencia política que la utopía totalitaria pretende como la degradación tenebrosa sufrida por su puesta en práctica efectiva: «El totalitarismo no es únicamente el infierno, sino también el sueño del paraíso —el sueño milenarista de un mundo en el que todos los hombres vivan en armonía, unidos por una voluntad y una fe comunes y sin secretos entre ellos. André Breton también soñaba en este paraíso cuando hablaba de la casa de cristal donde le gustaría vivir. Si el totalitarismo no explotara estos arquetipos míticos, que se hallan en lo más recóndito de todos nosotros y que están profundamente arraigados en las religiones, no podría atraer a tanta gente, sobre todo durante las fases tempranas de su existencia. Pero una vez que el sueño del paraíso comienza a convertirse en realidad las gentes que tratan de interferirse en su camino aparecen por doquier, y por esta razón los soberanos del paraíso deben construir un pequeño gulag a un lado del Edén. Con el correr de los años el gulag se va haciendo mayor y más perfecto, mientras que el paraíso contiguo pasa a ser cada vez más pobre y pequeño» (entrevista con Philip Roth, en *Quimera* n.º 15). Anhelos del Cuerpo Místico, en el que todos seremos uno; pero la regeneración salvadora de la gracia nos falta y las piezas del cuerpo no terminan de ensamblarse dócilmente, hay rechazo de los miembros trasplantados, es preciso cauterizar, coser y soldar sin contemplaciones..., hasta que finalmente el muñeco humanoide comienza a caminar a trompicones entre feroces gruñidos, disforme y pavoroso, más semejante a la criatura de Frankenstein que a Cristo.

A estas alturas la utopía totalitaria es radicalmente indefendible; no hay que deplorar su imposibilidad —al contrario, sabemos ya que es posible en cierto sentido grotesco y mons-

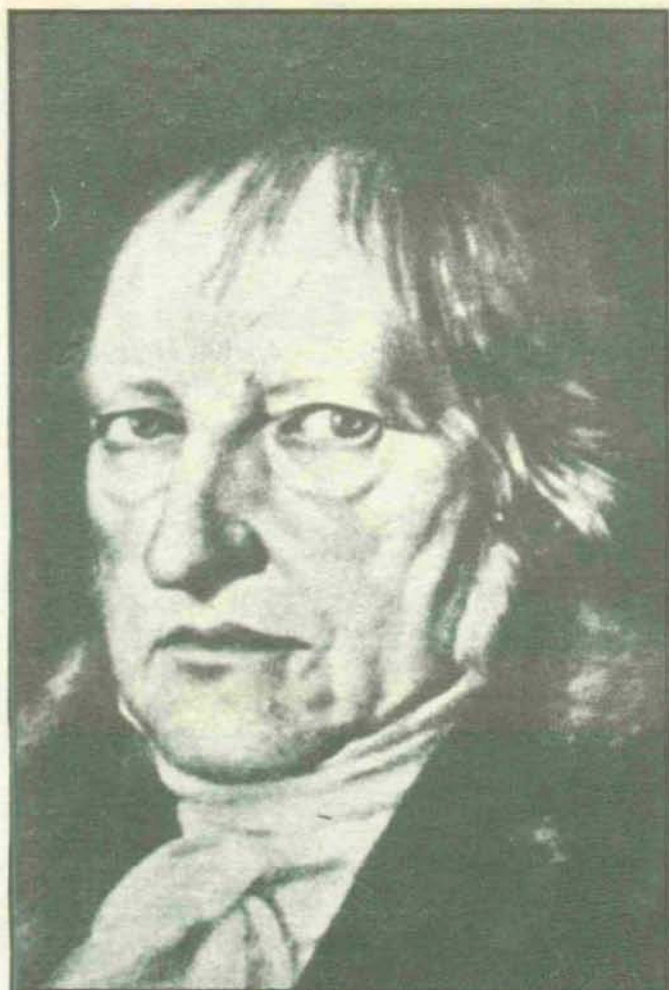
truoso—, sino más bien rechazarla porque es un ideal, sí, pero un ideal de lo no deseable. La glorificación del todos en uno y lo uno en todos promete tan sólo el reforzamiento de lo peor que hay vigente, no su abolición; no hay armonía sin una cierta posibilidad eficaz de discordia, como ya sabía el viejo Heráclito: proponerse la supresión radical de toda tensión entre intereses sociales contrapuestos (aunque sea exigiendo, como mínimo, una cierta complementariedad) no es un sueño, sino una pesadilla. Los movimientos de izquierda están en buena medida algo así como *contaminados* por ese modelo cerrado y aborrecible; librarse de toda complacencia, condescendencia y no digamos complicidad con los totalitarismos, dejando de excusarles por sus parciales coincidencias con el proyecto utópico, es un decisivo avance de la izquierda más ilustrada y por ello —no pese a ello— más consecuente: para culminar tal avance será preciso revisar a fondo la deseabilidad del proyecto utópico mismo y sus supuestas virtudes emancipadoras. Ahora bien, no debe olvidarse que el modelo liberal capitalista usual en occidente *también es una utopía y que su realización efectiva, no menos que la otra, se ha revelado como cruel e indeseable*. Los países occidentales viven la utopía de la perfecta libertad de los individuos y de su igualdad ante la ley, del gobierno que expresa la mayoritaria voluntad popular, de la abierta competencia de las particulares iniciativas en el marco sabiamente autorregulado de los mecanismos del mercado, del respeto a todas las creencias y a la expresión sin trabas, de la seguridad de los ciudadanos ante las fuerzas coactivas del Estado; pero el cumplimiento histórico de esta utopía arroja un saldo francamente negativo: sumisión esclavizadora del cuerpo social a los poderes económicos, formación de una casta dirigente cerrada y reclutada entre determinadas élites sociales, desigualdades de hecho ante la ley según las influencias políticas y el *status*, insolidaridad generalizada en la comunidad y desaparición de las identidades colectivas menos asimilables por la centralización administrativa, represión de determinadas opiniones o formas de vida, control y manipulación financiera de los medios de expresión, crecientemente impune intervención policial en la vida privada de los ciudadanos y nuevas formas de coacción, explotación por medios bélicos de países menos favorecidos, etc... Tampoco en este caso puede dejar de reconocerse que en el ideal utópico propuesto se contenían ya los gérmenes de los males posteriores que la realización histórica dio a luz. La utopía totalitaria y la liberal-capitalista oscilan por igual entre la ilusión y el cinismo: ilusión legitimadora del **radiante proyecto que todavía se esgrime como lo que ha de actualizarse plenamente, por fin, tras un último esfuerzo, cinismo que asume el**



Leopoldo Calvo-Sotelo (detrás suyo, el líder de la oposición, Felipe González).



Pintura místico-crepuscular, de Salvador Dalí.

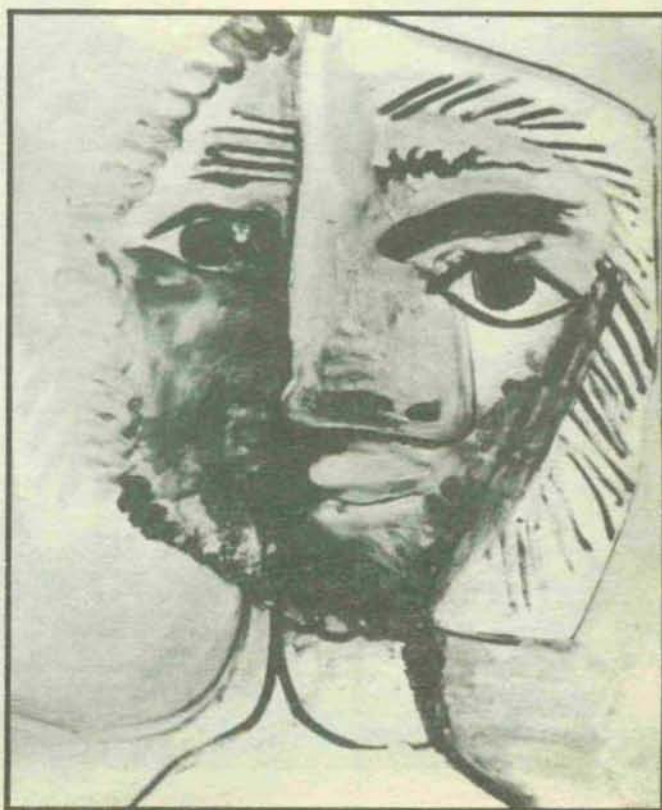


G. W. F. Hegel (1770-1831).

ajado y desengañado rostro de la utopía cumplida como el contenido verdadero —y, por tanto, deseable y defendible— del ideal perseguido. La gran ventaja de la utopía liberal es que viene de más atrás y disimula, por ello, mejor su ímpetu utópico; a lo largo de los siglos ha aprendido a mitigar prudentemente lo más equívoco de sus fervores y adopta con falsa resignación la máscara de lo inevitable. Concede al milenarismo totalitario el monopolio de la utopía y sólo propone sus viejos *desiderata* como remedios contra los horrores de aquél, pero a fin de cuentas también oculta bajo su sentido común y sus afectaciones retóricas un sueño peligroso y traicionado.

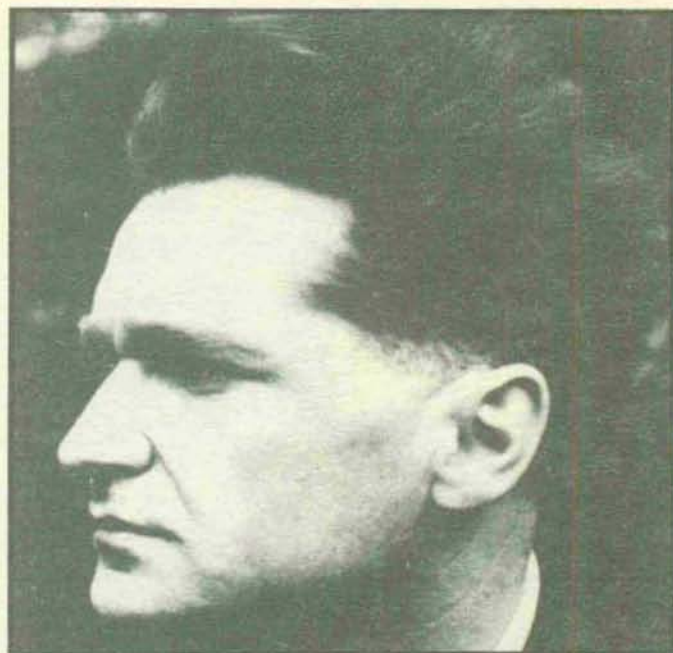
En su «Ensayo sobre el pensamiento reaccionario» apunta Cioran: «Todo parece admirable y todo es falso en la visión utópica; todo es execrable y todo tiene aire de verdadero en las constataciones de los reaccionarios.» El dictamen del lúcido pesimista es mucho más sutil de lo que una primera lectura pudiera dar a entender. Utopistas y reaccionarios son algo *peores* de lo que quisieran; en efecto, mientras que la visión utópica *parece* admirable y las constataciones de los reaccionarios *tienen el aire* de ser verdaderas lo indudable es que todo en la primera es falso y todo en las segundas es execra-

ble. No hay, quizá, tanto que admirar sin reservas en la utopía, pero tampoco hay tanta verdad indiscutible en lo establecido; o, si se prefiere, la utopía es un poco más execrable y la actitud conservadora algo más falsa de lo que suele creerse. Creo que de aquí pueden sacarse algunas orientaciones prácticas. Dos interrogantes inquietan a quienes perciben con acuidad la crisis del modelo utópico y, sin embargo, no saben o no quieren resignarse al conformismo: en primer lugar, ¿queda aún algo válido de la utopía para nosotros los escarmentados?; y luego, ¿puede esperarse del futuro algún tipo de redención, alguna *curación* de la historia? Respecto a la primera pregunta es preciso señalar que tanto la utopía totalitaria como la antiutopía liberal (utópica también a su modo, como hemos dicho) sufren el descrédito de sus respectivas manifestaciones históricas: no hay ideal que resista a tales ejemplos prácticos... Pero algo estaba ya viciado en ellas desde su propio planteamiento teórico, un punto oscuro agusanaba el resplandor sin contrastes de la visión armónica. La desconfianza hacia los órdenes cerrados, los sistemas demasiado perfectos, las unanimidades demasiado evidentes, los ideales teológicos de unión mística trasplantados a este nuestro mundo sin Dios, y, sobre todo, la desconfianza y repugnancia hacia la utilización de medios que contradigan directamente los fines que se pretenden alcanzar (utilizar la dictadura para llegar a la libertad, o la violencia para conquistar la paz) son muestras no sólo de cordura, sino, sobre todo, de



«Rostro». Pintura de Pablo Picasso.

una postura auténticamente rebelde ante los males de este mundo. Pero también la cordura y el incorformismo militante se revelan en la desconfianza de toda situación dada que pretenda hacerse soportar como «inevitable» y en la repugnancia ante las libertades manipuladas y los fastos triviales de unos cuantos basados en el aniquilamiento rutinario de los más, en la desigualdad de poder y en una peculiar miseria —no sólo económica, pero fundamentalmente económica— de quienes son arrojados a paletadas en las calderas del siglo XX para alimentar con su energía una civilización desalmada. Tan «utópico» en el sentido peyorativo de la palabra es quien cree en la posibilidad de una sociedad totalmente unánime y transparente como quien supone que ya ahora el modelo occidental de organización política cumple sus promesas de libertad individual, igualdad ante la ley y auténtica soberanía popular. Si algo queda —y *tiene* que quedar— de la utopía es su motor negativo, es decir, el ímpetu utópico



Cioran.



«The Entire City». Pintura de Max Ernst (1936).

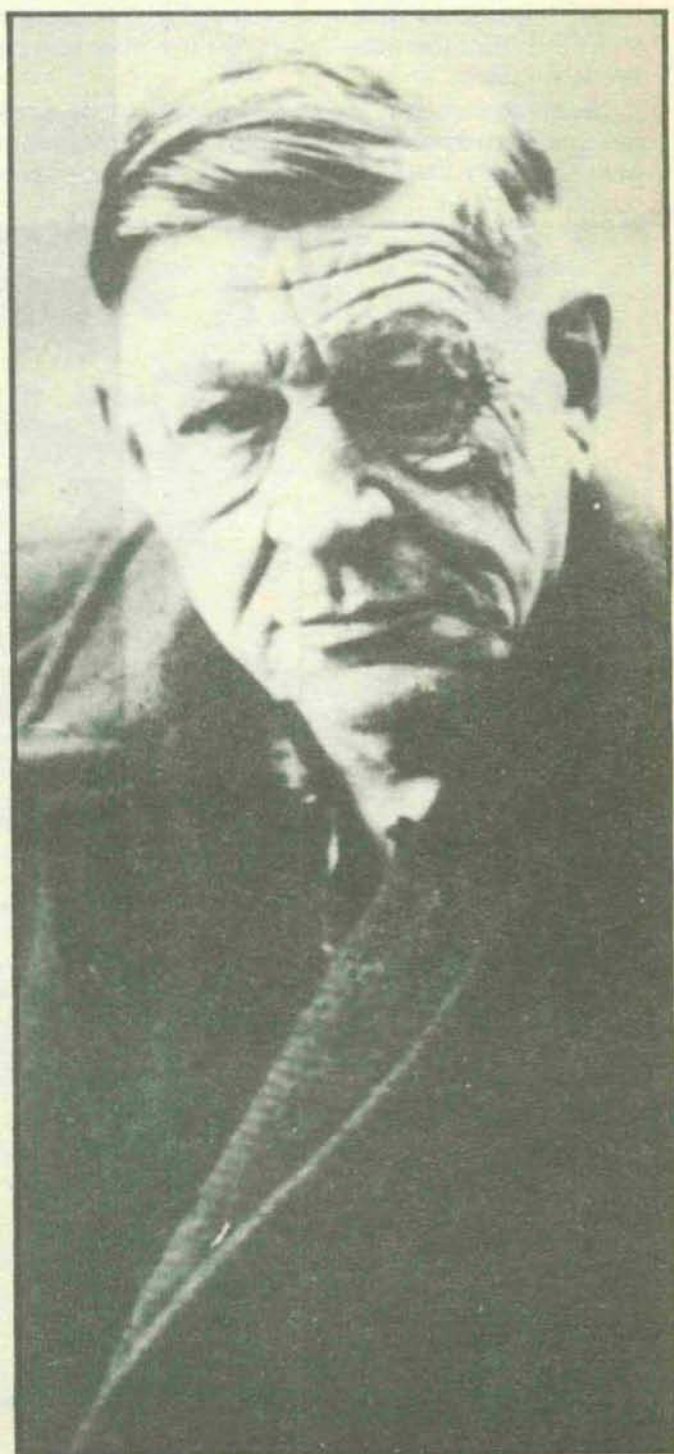
propriadamente dicho. Porque el vigor utópico, antes de lanzarse a edificar el plan completo y detallado del paraíso, comienza por negar la necesidad ineluctable de los males vigentes; su primer movimiento es rechazar la utopía degradada en que vivimos, donde todo lo posible se ha convertido en necesario y las perversiones de lo ideal cierran el camino por donde podría llegar el cumplimiento de las promesas pendientes. Pero el ímpetu utópico actual ya no pretende construir la perfección social sin fisuras, delirio maníaco que termina volviéndose inquisitorialmente contra sí mismo, sino que se propone luchar parcela a parcela contra lo que bloquea en el orden vigente la apertura a lo posible. De la sociedad hacia la que vamos sólo sabemos que no quisiéramos que fuese un simple corolario de la vigente; menos que nunca es creíble el falso profeta (aún peor el falso científico) que diga poseer una visión completa de conjunto. Pero tampoco es lícito olvidar el sentido de todas las luchas pasadas, la lección de las derrotas y la dirección en que apunta, desde hace doscientos años, el lento goteo de la insu-misión. No sabemos lo que harán los hombres con más libertad y con menos obstáculos para la solidaridad; pero sabemos lo que hoy *no* hacen por falta de una y sobra de los otros y eso nos basta para seguir luchando.

¿Y el futuro? Falsos oráculos, echadores de cartas marcadas, adivinos provistos de trabalenguas rimados o de computadoras nos venden a módico precio la fecha exacta del desastre que pulverizará el mundo o los reiterativos terrores del año dos mil. ¿Deberíamos, para contrarrestar sus predicciones ominosas, intentar esbozar pronósticos favorables y pergeñar nuevos semblantes a la cansada esperanza? Creo que es una tentación embaucadora a la que hay que resistirse. Nada es de peor augurio que la necesidad de vislumbrar el futuro: éste, a fin de cuentas, es siempre nuestro enemigo (y lo es ahora, no cuando se convierta en presente) porque el tiempo no puede nunca sernos propicio. Dice en alguna parte Ernest Jünger que el hombre siempre ha preferido saber el destino que *tiene* a lo que *es* y por eso se entrega a los astrólogos y huye de quienes quieren iluminarle sobre su condición; y es que, apostillo por mi parte, sobre lo que somos caben pocas esperanzas, pero quizá sí sobre lo que nos espera. El futuro es refugio o manipulación del presente; porque es en el presente donde se da el esfuerzo y la recompensa del esfuerzo, no en otro tiempo, que, en cuanto tal, debe ser también tiempo de asesinos y asesino él mismo. Pero quizá sea inevitable sentir de vez en cuando lo que Tácito, en un párrafo que gustaba de citar Ernst Bloch, llamó «la nostalgia de los tiempos futuros». De ella más vale no hablar, salvo con voz de poeta, que nada promete y

apenas revela, como Auden en su hermoso «Si pudiera decirte»:

«Los vientos deben venir de alguna parte cuando soplan,
debe haber razones por las que las hojas se pudren;
el Tiempo dirá tan sólo: “Ya te lo dije”.
Tal vez las rosas quieren realmente crecer,
tal vez la visión quiere en verdad permanecer;
si pudiera decírtelo, te lo haría saber.»

■ F.S.



Wystan Hugh Auden (1907-1973).